

# “BOKKO-CHAN”

Shinichi Hoshi

---

Traducción: RYUKICHI TERAOKA

Ese robot era muy bien elaborado. Era una mujer. Como era un producto artificial, se podía aspirar la máxima belleza. Con todos los elementos del encanto femenino, se logró una belleza suprema. Hay que admitir que resultó un poco arrogante; la arrogancia, sin embargo, bien podía ser un requisito de una mujer bella.

A la gente sensata no se le ocurriría hacer un robot. ¿Para qué sirve un robot que haga lo que pueda hacer un ser humano? En lugar de gastar dinero en esa clase de disparates, podrían invertirlo en una máquina mucho más eficaz. Además, hay millones de hombres que buscan trabajo.

Era producto de mero pasatiempo. Lo hizo el dueño de un bar. Si trabaja como barman, no le dan ganas de echarse tragos en su casa. El licor para él no era sino un negocio y no para su consumo personal. Los borrachos le dejaban suficiente dinero y tiempo para construir un robot. De manera que lo hizo con desinterés absoluto.

Y justamente este desinterés fue el que hizo posible la elaboración de una belleza suprema. La textura de su piel no se distinguía de la piel humana a primera vista. Incluso podía ser mejor que la humana en apariencia.

Sin embargo, su cerebro estaba casi vacío. La afición del barman no llegaba a tal grado. Fuera de dar algunas respuestas sencillas y tomar licor, no era capaz de realizar ningún acto.

Al terminar su obra, el barman la llevó a su bar. Había mesas y sillas, pero prefirió colocarla dentro de la barra para evitar que ella cometiera algún error.

Los clientes, al ver que había una nueva empleada, le hablaron por curiosidad. Les respondió bien sólo cuando le preguntaron el nombre y la edad, pero nada más. Aun así, nadie se dio cuenta de que era un robot.

- ¿Cuál es tu nombre?
- Bokko-chan.
- ¿Tu edad?
- Soy joven.
- ¿Cuántos años?
- Soy joven.
- Pero...
- Soy joven.

Como la mayoría de los clientes de este bar era gente decente, nadie le preguntó más.

- ¡Qué ropa tan linda!
- ¡Es ropa linda!
- ¿Qué te gusta?
- ¿Qué me gustará?
- ¿Tomas ginebra?
- Tomo ginebra.

Bokko-chan bebía ilimitadamente. Y nunca se embriagaba.

Bella, joven, presumida, y con respuestas secas. Este rumor atrajo muchos clientes. Conversaban con Bokko-chan, bebían y le brindaban tragos.

- ¿Quién te gusta entre los clientes?
- ¿Quién me gustará?
- ¿Te gusto?
- Me gustas.
- ¿Por qué no vamos al cine un día de estos?
- Vamos al cine.
- ¿Cuándo?

Cuando no podía contestar, acudía el dueño que no dejaba de observarla.

Con decir: “Señor, por favor, no me la moleste tanto”, se arreglaba todo originando una risa fingida a los clientes que dejaban de hablarle.

De vez en cuando, el dueño se agachaba para sacar el licor que quedaba en el tubo plástico de las piernas de Bokko-chan y lo servía de nuevo a los clientes.

Ellos no se daban cuenta de nada. A pesar de ser joven, es una mujer muy educada. No adula demasiado a la gente, y bebe sin emborracharse. Esto la hizo todavía más atractiva, y la clientela aumentaba cada día más.

Entre la clientela, había un muchacho joven. Se entusiasmó con Bokko-chan y empezó a frecuentar el bar. Siempre se quedaba con la impresión de que le faltaba poco para conquistarla, lo que volvía más intensa su pasión. La deuda creció rápido, y ya no podía pagarla. Intentó robar el dinero de la familia, y su padre que lo descubrió le dio un tremendo regaño:

- No vuelvas nunca más. Paga con este dinero, pero esto se acabó.

El joven vino a pagar al bar. Pensando que era la última noche, bebió mucho y también invitó muchos tragos a Bokko-chan, diciendo que era la despedida.

- Ya no puedo volver.
- Ya no puedes volver.
- ¿Estás triste?
- Estoy triste.
- No es verdad.
- No es verdad.
- Tú eres la mujer más cruel del mundo.
- Yo soy la mujer más cruel del mundo.
- ¿Quieres que te mate?
- Quiero que me mates.

El joven sacó del bolsillo una envoltura con un medicamento, lo echó en su vaso y se lo dio a Bokko-chan.

- ¡Bebes?

- Bebo.

Delante de la mirada penetrante del muchacho, Bokko-chan se tomó el trago.

Luego dé decirle: “Vas a ver”, dejando atrás a Bokko-chan que decía: “Voy a ver”, pagó la cuenta al dueño y salió afuera. Ya era media noche.

Al ver que se fue el muchacho, el dueño llamó a todos los clientes que quedaban: “Ahora beban todos, que yo les invito.

Decidió invitar, porque le quedaba el licor del tubo plástico, que le iba a servir al muchacho.

- ¡Eso!

- ¡Qué bueno!

Tanto los clientes como los dependientes brindaron. Detrás de la barra, el dueño se tomó un trago pequeño.

Esa noche, la luz del bar estuvo prendida hasta muy tarde. La radio seguía emitiendo música. A pesar de que nadie se había marchado, no se escuchaba ninguna voz humana.

Pronto, la radio también, con “buenas noches” al final, dejó de producir sonidos.

Bokko-chan susurró: “Buenas noches” y, con un gesto de arrogancia, se quedó esperando a ver si le hablaba alguien.